



## Comentario bibliográfico

**Fulbrook, Mary: *A Small Town Near Auschwitz. Ordinary Nazis and the Holocaust*, Oxford, Oxford University Press, 2012.**

***Esteban González Rittler***  
*Universidad de Buenos Aires*  
*ritgon@gmail.com*

*Fecha de recepción: 06/06/2016*  
*Fecha de aprobación: 13/06/2016*

**E**l recurso de la memoria en la construcción de la Historia es un elemento dudosamente original en esta ciencia. Incluso la apelación a recuerdos de vida de individuos particulares en la elaboración de microhistorias es una herramienta consensuada y consolidada desde hace tiempo, y la obra de autores como Carlo Ginzburg o Giovanni Levi, ampliamente considerados parte del panteón de los grandes historiadores, da la pauta de que no es esta una innovación en los virajes de la disciplina histórica de los últimos años. Tampoco es, esta forma de construir un relato histórico, una ruptura en la historiografía del nazismo y del Holocausto. Ya desde el momento mismo de la derrota alemana a manos de los ejércitos aliado y soviético se comenzaron a utilizar los testimonios de las víctimas, de los espectadores, de los “facilitadores” y también de los perpetradores —en general, al principio, de las altas cúpulas militares y de altos rangos del partido nazi— para crear historias (estructurales tanto como de casos

aparentemente aislados) que pudieran dar cuenta de aquello que, por su horror y por la perfecta sistematicidad y eficacia con la que fue aplicado, parecía ser inexplicable. Hasta aquí, es decir, en su inextricable metodología, el libro de Mary Fulbrook<sup>1</sup> no se destaca del resto de las historias del Holocausto escritas a partir de los testimonios y la memoria de sus protagonistas<sup>2</sup>. La innovación de esta autora es, antes bien, el tipo de testimonio que utiliza; pero no por el hecho de provenir de la memoria de un perpetrador del genocidio, sino por: a) la forma en la cual los hechos reseñados en esa memoria se construyeron y se encadenaron en un tipo —muy extendido, por cierto— de justificación / exoneración; b) las razones particulares que llevaron a Fulbrook a escribir un libro acerca de este sujeto en particular; c) la luz que este caso puede echar sobre amplias cuestiones de la naturaleza del nazismo, entre ellas, su anatomía y su funcionamiento en los extremos del imperio territorial de Hitler.

El estudio es una microhistoria cuyo principal foco de análisis y reflexión son los testimonios de aquellos que vivieron en primera persona el Holocausto, con el doble objetivo de, por un lado, describir y entender la destrucción de los judíos europeos por parte del Estado nazi y sus aliados a nivel micro y macro y, por el otro, comprender la forma en que la memoria se crea y se recrea de acuerdo a circunstancias particulares y cómo esa memoria y su tratamiento impactan en la ciencia histórica. De esta manera, el libro tiene éxito en detallar muy bien el día a día de la brutalidad del dominio nazi en Polonia, a la vez que da una idea satisfactoria de la *big picture* del Holocausto. Asimismo, y esto es lo más valioso del emprendimiento de Fulbrook, *A Small Town Near Auschwitz* logra llamar la atención del lector acerca de la enorme importancia de un adecuado tratamiento de la memoria histórica y de una responsable consideración de todos los testimonios, especialmente en temas tan delicados (y polémicos) como el Holocausto.

---

1 La autora, Profesora de Historia Alemana en la University College de Londres y Fellow de la British Academy, se especializa en la historia de Alemania y no solamente en la de la época nazi: entre sus obras se destacan *A Concise history of Germany*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990, y *The People's State: East German Society from Hitler to Honecker*, New Haven, Yale University Press, 2005.

2 Para un acercamiento a las formas en que una determinada construcción de la memoria impacta en la Historia, recurrir a Traverso, Enzo: *El pasado, instrucciones de uso: Historia, memoria, política*, Madrid, Marcial Pons, 2007.

En el centro del relato se encuentran las figuras de los *Ordinary Men*<sup>3</sup>; las tareas que ellos llevaron a cabo, la representación que se fabricaron de su propio lugar en la Solución Final, las formas en que (en los casos en que no negaban de plano su participación en ciertos eventos) justificaron moralmente sus acciones, y la distancia entre estos argumentos y las letales consecuencias de esas acciones. Fulbrook sugiere que el impacto de las acciones de estos hombres, “facilitadores del Holocausto” (para no utilizar una categoría tan general y reductiva como la de “perpetradores”), sujetos que no eran ni fervientes antisemitas ni particularmente fanáticos del Partido Nacional-socialista Obrero Alemán, y que no fueron ni los “jaladores del gatillo”<sup>4</sup> ni quienes idearon, originariamente, ninguna de las medidas de ataque a los judíos europeos, fue sin embargo fundamental en la emergencia y en el desenlace de la Solución Final, incluso cuando cada una de esas acciones, consideradas de forma individual, no fueron mortíferas en sí mismas. Similares a engranajes en una gran maquinaria de la muerte, la autora sostiene que estos burócratas del Estado nacional-socialista en la periferia cumplieron con sus funciones de manera diligente y racional justamente porque no estaban motivados meramente por cuestiones ideológicas. Este hecho comportó dos consecuencias: por un lado, que su accionar fue enormemente eficiente, lo cual redundó en un potencial mayor de la capacidad homicida del nazismo; por el otro, que lograron despegarse más fácilmente —a través de un “silencio selectivo” y de la construcción de una realidad alternativa “aceptable” para su conciencia y para el juicio de otra gente, especialmente después de la guerra— de su responsabilidad en el exterminio de los judíos europeos. Así, en palabras de la autora,

To understand how people could later distance themselves from involvement in the Holocaust and yet have in fact played a role, however limited, in the way in which it unfolded, we have to make some distinctions. Not everyone was a perpetrator in the obvious senses of committing direct acts of physical violence, or directly giving the orders that unleashed such violence. Holocaust was possible only because so many people acted in ways that, over a longer period of time, created the preconditions for the ultimate acts of violence (p. 47).

---

3 La mejor traducción para este concepto es el término de “hombres grises”, que fuera utilizado en el título de la versión castellana del clásico libro de Christopher Browning: *Ordinary men: Reserve Police Battalion 101 and the final solution in Poland*, Nueva York, Harper Collins, 1992. El trabajo de Browning introduce por primera vez la discusión sobre el lugar de los “hombres comunes” en la dinámica del Holocausto, prestando especial atención a sus acciones, sus motivaciones y sus justificaciones —durante y después de la Segunda Guerra Mundial—. Sin duda, el estudio de Fulbrook tiene puntos de contacto con el estudio de Browning, y no solamente en cuanto al título elegido, sino, sobre todo, respecto de las fuentes empleadas para analizar el Holocausto y, más importante aún, el enfoque elegido para considerar esas fuentes.

4 Es decir, aquellos “hombres comunes” que ejecutaban las órdenes de asesinar a las víctimas del Holocausto.

Para acceder a la figura de estos *Ordinary Men*, Fulbrook se centra en la historia de Udo Klau-  
sa, quien representa muy bien el patrón que se dio a lo largo y ancho de todos los territorios ocu-  
pados por el Reich alemán: los administradores de rango medio que cumplían su función al pie de  
la letra, que sabían lo que estaba sucediendo pero no se opusieron a ello (aun cuando tampoco ne-  
cesariamente lo consentían ni, mucho menos, avalaban) y que fueron imprescindibles para el de-  
sarrollo y encadenamiento de los acontecimientos que desembocaron, ulteriormente, en la Solu-  
ción Final. A su vez, Klaus, al igual que la mayoría de estos “hombres grises” de la administración  
nazi, también terminó por crear (a través de la invención o de la supresión de recuerdos) una vi-  
sión paralela de los hechos y de su rol; una visión autojustificatoria que lo satisfizo y lo protegió  
de la persecución judicial de la posguerra.

La elección de este personaje como eje alrededor del cual Fulbrook estructuró su historia del  
Holocausto respondió a una cuestión personal: Udo Klaus era el esposo de su madrina, quien era  
una persona muy cercana a su propia familia. La autora no pretende redimirlo ni justificar sus ac-  
ciones<sup>5</sup>, sino solamente entender cómo y por qué sucedió que un burócrata común y corriente que  
pretendía llevar una vida respetable y decente, y que no era un fanático antisemita ni un nazi es-  
pecialmente comprometido, terminó por integrar un sistema asesino y a ser, en su propia medida,  
cómplice del asesinato de miles de almas inocentes. Busca explicar, además, cómo lo racional de  
los funcionarios locales derivó en un aparato cada vez más eficiente, el cual se combinó, a su vez,  
con un complejo de toma de decisiones —basados en la ideología nazi y en el contexto, cambiante,  
de la Segunda Guerra Mundial— cada vez más radical e irracional, dando por resultado la emer-  
gencia de una *industria de la muerte*. Finalmente, la autora busca darle sentido al contenido y a la  
fundamentación de las memorias de estos hombres “decentes” que decían “no saber nada”: cómo,  
por qué y con qué efectos (re)creaban la historia.

Las fuentes utilizadas en este estudio son, ante todo, primarias: actas de los procesos de pos-  
guerra, testimonios personales y familiares, cartas, memorias, entrevistas y otros archivos docu-  
mentales. Fulbrook casi no interpela otros aportes de la historiografía del nazismo. Es, ante todo,

---

5 La autora recalca varias veces la enorme distancia existente entre la justificación que estos individuos daban de su  
accionar y los efectos reales que éste tuvo sobre las vidas de los judíos europeos.

una microhistoria que busca aproximarse al Holocausto meramente a través de un caso particular “en el ojo de la tormenta”. Así, la autora desestima el análisis de las decisiones tomadas desde el centro para ver cómo se aplicó la Solución Final en la periferia<sup>6</sup>.

Fulbrook no se olvida de las víctimas del Holocausto, cuyos testimonios aparecen a lo largo de todo el libro; son aquellos que fueron objeto de humillaciones, malos tratos, deportaciones y asesinatos. Si bien el eje de la obra es Klauska y los demás testimonios y fuentes giran en torno de su persona y de la ciudad polaca en la cual él ejercía como *Landrat* en el momento en que estaba en funciones, la intención de la autora es que las historias de las víctimas también sean plasmadas; que a partir de Klauska también se pueda imprimir una imagen vívida, compleja y relativamente exhaustiva de la vida social de esa ciudad, y particularmente del gueto judío dentro de ella. Intenta, de esta forma, a través de una variedad heterogénea de testimonios, humanizar la relación entre perpetradores y víctimas.

El eje geográfico de esta historia son las ciudades de Będzin y Sosnowiec, en el sur de Polonia y a unos escasos 25 kilómetros de Auschwitz, en el territorio que, a partir de la nueva división administrativa producto de la invasión alemana en septiembre de 1939, pasó a llamarse Reichsgau Wartheland.

El libro se estructura de una manera cronológica, y la manera en que se secuencian sus trece capítulos —precedidos por un prefacio— denotan una escalada, una radicalización de los acontecimientos que derivaron en la Solución Final, así como un rol cada vez más comprometido de Klauska con esos acontecimientos, compromiso que condicionó su forma de recordar el Holocausto y su lugar en él.

El primer capítulo sirve de introducción al tema, exponiendo la metodología utilizada por Fulbrook en este estudio y dando a conocer las causas íntimas, además de las profesionales, que motivaron a la autora a investigar la historia de los judíos y los “facilitadores” del Holocausto en Będzin. El segundo, por su parte, muestra la situación de la comunidad judía de Będzin y de Sosno-

---

6 Para una explicación más detallada de la relación entre las decisiones tomadas en el centro y su aplicación en la periferia del imperio de Hitler referirse a Kershaw, Ian: “Improvised Genocide? The Emergence of the ‘Final Solution’ in the ‘Warthegau’” en *Hitler, the Germans and the Final Solution*, Jerusalén y New Haven, International Institute for Holocaust Research y Yale University Press, 2008, pp. 60-88.

wiec antes de la invasión alemana de Polonia, haciendo especial énfasis en la existencia o no de manifestaciones antisemitas hasta 1939, así como en la relación entre polacos “gentiles” y judíos.

Los capítulos 3, 4, 5 y 6 están dedicados a la primera etapa de la ocupación alemana de Polonia. El capítulo 3 trabaja específicamente lo drástico del cambio que supuso, para la vida cotidiana de los judíos de Będzin, la invasión nazi. La brutalidad a la que fueron sometidos (primero en forma espontánea y luego sistemática) se instauró desde el comienzo y pasó a ser algo normal desde septiembre de 1939, lo cual da la pauta de que esta fue la primera de una serie de fases en el camino que desembocó en la Solución Final. La dominación alemana, para Fulbrook, fue implementada primero a través de la violencia, y luego con el establecimiento de una administración civil, la cual era endémica e inherentemente violenta. La exposición de los horrores del nazismo en Polonia está muy bien llevada a cabo por la autora; pero lo interesante no es esto (hay muchos muy buenos libros que detallan la brutalidad nazi) sino la exposición del día a día de la comunidad judía de Będzin durante la ocupación alemana y de cómo los horrores del nazismo fueron experimentados del tal manera que se “naturalizaron” cada vez más, con el paso del tiempo, en la vida de la comunidad. De igual manera, la naturalización de la violencia opera también en la mente del lector, lo cual es un logro narrativo de autora.

Parte del capítulo 3 y todo el capítulo 4 (por cierto, el mejor y más contributivo de toda la obra) se dedican a caracterizar la función del *Landrat* —en este caso, Udo Klaus (de quien la autora traza un perfil completo), pero extendiendo las conclusiones a los *Landräte* en general—, destacando lo fundamental, aunque comúnmente infravalorado, de su lugar en la máquina de la muerte del nazismo. Para Fulbrook, detrás de la apariencia de burócratas desinteresados abocados a tareas anodinas y triviales, el rol del *Landrat* fue clave (justamente debido a la eficiencia y la ambición con la que ejercían sus funciones) para generar las (pre) condiciones que llevaron al genocidio. El hecho de que estos funcionarios fueran casi autómatas en las tareas que realizaban (y que además ellos se concibieran de esta forma) tuvo otra consecuencia: les permitió hacer la “vista gorda” y generar un conformismo con respecto a las políticas raciales nazis sin sentirse culpables por lo que acontecía frente a sus ojos, despegándose así con mucha más convicción de la responsabilidad que indudablemente tenían, durante la posguerra. Lo más interesante de este capítulo es

el análisis que la autora lleva a cabo de la autorrepresentación que los *Landräte* se forjaban, en tanto que hombres que “cumplían con su trabajo”<sup>7</sup>, tomando una prudente distancia de los “verdaderos” nazis, quienes habrían sido los responsables de las decisiones que llevaron a una radicalización del régimen y también, en última instancia, de los hechos criminales en sí mismos. Esa representación de sus roles, construida durante y luego de la guerra, les permitió, a estos burócratas, continuar haciendo eficientemente sus trabajos, incluso cuando se empezaran a sentir incómodos con lo que pasaba. Asimismo, ella explica el porqué de la facilidad de la exculpación (propia y de parte de los tribunales) en la posguerra. Más todavía, el mayor logro del capítulo y del libro es plasmar la distancia entre la realidad, es decir, las verdaderas implicancias de lo que Klausas hacía (y los “facilitadores” en general también), lo que él creía genuina y honestamente que eran las consecuencias de su accionar, y aquello que sabía que tenía consecuencias letales pero de todas formas continuaba haciendo, pretendiendo no verlo o mintiendo al respecto. Es decir, la distancia entre “su verdad” y “la verdad”; entre su testimonio y la realidad (testimoniada o no) que sufrieron las víctimas.

Si bien Fulbrook tiene éxito en recalcar la centralidad de estos “hombres comunes” en el sistema que derivó en la Solución Final, falla, en parte, a la hora de humanizarlos. Sus ambiciones son mencionadas pero bien podría haberse trabajado más la faceta psicológica: las razones íntimas por las cuales estos individuos abrazaron una actitud conformista, incluso cuando la violencia extrema se desarrollaba frente a sus ojos.

El capítulo 5 trabaja el tema de los distintos grados de responsabilidad, sosteniendo que el hecho de no haber participado “directamente” en los actos de violencia no significa que Klausas pueda ser por ello automáticamente exonerado. Extendiendo esta conclusión a todos los “facilitadores” del Holocausto, el eje de la cuestión radica aquí en darle importancia no solamente al terror sistemático, sino también a los actos de violencia individuales y espontáneos, e incluso a las actitudes que prepararon y posibilitaron el camino a la Solución Final.

---

7 Lo más comprometido que algunos de estos hombres se atrevieron a confesar es que habían sido, en el peor de los casos, “nazis ingenuos”, sin un odio particular hacia los judíos ni ningún tipo de conocimiento de los acontecimientos brutales que estaban tomando lugar alrededor suyo.

El capítulo 6 versa sobre las políticas efectivas de germanización de la vida judía y “guetoización” de los judíos de Bedzin y sus consecuencias. Políticas que no fueron etapas en un plan preconcebido de destrucción de los judíos<sup>8</sup>, pero que sin embargo tuvieron nefastas consecuencias para los integrantes de este grupo, y en donde los *Landräte* tuvieron, sin lugar a dudas, una enorme cuota de responsabilidad, aun cuando esto no se viera reflejado en las memorias de, por ejemplo, Udo Klausa.

El capítulo 7 presenta un abanico de testimonios de víctimas, perpetradores, “facilitadores” y testigos (categoría esta última que incluye, aunque con reservas, a la esposa de Klausa y madrina de Mary Fulbrook, Alexandra) sobre la vida cotidiana en la ciudad a partir de 1939, buscando llamar la atención sobre la diferencia que existía entre las memorias de los distintos grupos: las experiencias de terror de las víctimas se encuentran, en la mayoría de los casos, ausentes de los recuerdos de los otros. ¿Es esto un indicio de verdadera ignorancia (no en el caso de los perpetradores, desde ya), de mentira consciente o de anulación inconsciente de ciertas memorias? Además, en este capítulo también se muestra cómo fue cambiando la relación entre judíos y polacos<sup>9</sup> a medida que se desarrollaba la guerra y se radicalizaban los acontecimientos. La memoria de acontecimientos previos y posteriores a esta radicalización también fue cambiando en los testimonios recogidos por Fulbrook, lo cual nos lleva de nuevo a preguntarnos por las estrategias o razones inconscientes de la “memoria selectiva”.

Respecto de Klausa, en este capítulo se comienza a percibir que su figura va a estar presente en cada una de las etapas que desembocaron en la Solución Final. Es cierto que, en cada una de esas etapas, Klausa puede (y, de hecho, lo hace) aducir que no estaba al tanto de lo que sucedía o que no estaba presente. Sin embargo, también es cierto que, gracias al análisis histórico, en cada

---

8 Esto no significa que especialmente la “guetoización” no haya terminado siendo, en efecto, una fase en el frenesí de radicalización que luego desembocó en la Solución Final. Pero no lo fue en tanto que parte de un plan maestro, elucubrado en tiempos pasados (incluso, como algunos insisten en plantear, desde comienzos de la década de 1920), que se fijaba como objetivo exterminar a todos los judíos de Europa, sino como respuesta a ciertos acontecimientos que tuvieron lugar durante la Segunda Guerra Mundial. Ver Browning, Christopher: “The Nazi Decision to Commit Mass Murder: Three Interpretations: The Euphoria of Victory and the Final Solution: Summer-Fall 1941”, en *German Studies Review*, Vol. 17, No. 3, octubre de 1994, pp. 473-481.

9 La autora no duda en incluir a los polacos no judíos en la categoría de víctimas del nazismo, situándose, así, en la vereda de enfrente de autores como, por ejemplo, Gross, Jan T.: *Vecinos: el exterminio de la comunidad judía de Jedwabne (Polonia)*, Barcelona, Crítica, 2002.

etapa se puede determinar que él estaba al tanto y en absoluto control de la situación. Vuelve así a quedar claro el objetivo de la autora: marcar la distancia entre testimonio y realidad histórica. Este asunto se revelará cada vez más espinoso a lo largo del libro.

Los capítulos 8 a 11 se ocupan de la etapa de radicalización final, que se extendió entre mediados de 1941 y fines de 1943, y que culminó en las deportaciones<sup>10</sup> al campo de exterminio de Auschwitz-Birkenau. La forma en que están redactados, y el encadenamiento entre ellos, da la imagen de un escalamiento frenético<sup>11</sup> —aunque no por ello menos racionalmente controlado— en el cual Udo Klusa estaba presente la mayor parte del tiempo y del cual fue, en tanto que “facilitador”, plenamente responsable. Aquellos momentos en los cuales el *Landrat* no estaba en el lugar, porque estaba cumpliendo servicio con el ejército en el frente oriental, fueron utilizados a posteriori por Klusa para alegar desconocimiento o a modo de excusa y como muestra de su supuesta resistencia a los rumbos que estaba tomando el régimen. Fulbrook es escéptica de las justificaciones de Klusa. Pero más allá de creer en sus explicaciones o no, introduce un argumento lapidario: Klusa cumplió diligentemente con sus funciones antes y después de su ausencia de Będzin en el verano de 1941. Y, más todavía, a efectos prácticos, a la hora de juzgar y determinar responsabilidades, no importan tanto las reservas que Klusa mostró con respecto a lo que estaba sucediendo como sus acciones, las cuales tuvieron, efectivamente, consecuencias fatales.

La distancia entre los testimonios y la realidad se profundiza mucho a partir de 1942, cuando el exterminio es ya una realidad, y las decisiones y acciones implementadas (aun cuando no fatales en sí mismas) llevan inevitablemente hacia allí. Según los testimonios de los “facilitadores”, la responsabilidad por las medidas tomadas anteriormente (humillación, expropiación, germanización, “guetoización”) fue en muchos casos (aunque a regañadientes) admitida. Por el contrario, la tendencia general fue a disociarse completamente de las decisiones y acciones posteriores a

---

10 Hacia fines de 1943, la vasta mayoría de judíos del área había sido transportada, para su eliminación, a campos de exterminio. En total, del complejo Będzin-Sosnowiec salieron unos 15.000 judíos hacia campos de trabajo y alrededor de 85.000 a Auschwitz.

11 Los efectos prácticos de la radicalización del nazismo que vino con el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial es sujeto de múltiples interpretaciones. Una alternativa de acercamiento al tema puede encontrarse en Mommsen, Hans: “Cumulative radicalisation and progressive self-destruction as structural determinants of the Nazi dictatorship”, en Kershaw, Ian y Lewin, Moshe (eds.): *Stalinism and Nazism: Dictatorships in comparison*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 1997, pp. 75-87.

1942. Esta tal vez sea una de las discusiones más originales que plantea el libro de Fulbrook: el cambio de ritmo y de dirección que sobrevino a la decisión (o a las decisiones) para implementar la Solución Final se reflejó y generó un cambio en los testimonios (y tal vez también, aunque es difícil determinarlo, en la propia memoria) de los “facilitadores”. Visto desde la perspectiva opuesta, se podría corroborar cuándo se decidió y cuándo se comenzó a implementar la Solución Final a la Cuestión Judía a partir del análisis de las fuentes testimoniales de los propios perpetradores. Lo interesante es que, en este caso, incluso las mentiras y omisiones (conscientes o no) sirven al propósito del historiador. Allí donde muchos investigadores desechan de plano las memorias de los responsables del Holocausto (por considerarlas indefectiblemente interesadas, contradictorias, falseadas, incompletas, etcétera, o por creer que darle voz a los culpables constituiría una ofensa a las víctimas), Fulbrook toma la decisión, polémica sin duda, de otorgarles entidad y de analizarlas en todo su espectro: dando lugar a lo que los perpetradores dicen, sea lo que sea, y también a lo que no dicen. Y es que es en este punto en donde Fulbrook se muestra más audaz: los testimonios de perpetradores o “facilitadores” pueden dar luz a tres tipos de historias: una “verdadera”, sujeta a lo que efectivamente aconteció en el lugar y en el tiempo evocados; una “falsa” pero inocente o inconscientemente creada por el testigo y una “falsa” conscientemente elaborada. La autora utiliza, obviamente, la primera, pero también toma en cuenta y analiza la segunda y la tercera (aunque, claro está, con un prisma distinto al utilizado para la primera). La razón por la cual Fulbrook hace esta elección, de no solamente tomar en cuenta lo que los responsables del Holocausto tienen para decir sino también lo que omiten y/o falsean, va más allá de lo metodológico de la Historia como ciencia. Es, aunque sea difícil de ver (y, de hecho, la autora no lo expresa abiertamente en ninguna parte del libro), un intento por legitimar todas las historias orales, especialmente, más allá de lo paradójico que resulte, las de muchas víctimas del nazismo. En efecto, si el criterio para desestimar los testimonios de los perpetradores o de los “facilitadores” es que están plagados (y tal vez basados en) omisiones y falsedades, esto también se debería extender a incontables testimonios de gente inocente víctima de los nazis. Es sabido que estos testimonios jamás reflejan la realidad “objetiva” del pasado. Muchas memorias fueron perdiendo o ganando elementos con el correr de los años. Otras fueron, desde un primer momento, censuradas por quienes las evocaban (por tratarse de secretos, tabúes, vergüenza, etcétera). Sin embargo, esto no significa que no de-

ban ser tomadas en cuenta. Frente al doble estándar de criterios para aceptar o rechazar testimonios del Holocausto (imperante en un sector de la academia), que redundaba en una devaluación de la ciencia histórica y de su base metodológica, Fulbrook plantea la necesidad de darle voz a *todas* las memorias: el rol del historiador es analizar las fuentes en base a un método científico. No lo es determinar de antemano, a partir de criterios morales, cuáles fuentes son válidas y cuáles no.

En el capítulo 12 Fulbrook lleva a cabo una reflexión acerca de Auschwitz; de su lugar en las memorias de Klaus, en el exterminio de los judíos de Będzin y, por extensión, en la historia del Holocausto. La autora sostiene que la centralidad de Auschwitz en el relato de los “facilitadores” es una forma que los mismos tienen de disociarse de la responsabilidad de los actos que ellos cometieron y que, si bien no se desarrollaron en ese campo de exterminio, sin dudas sí prepararon el camino que llevó a él. Y esto es similar al peligro que se corre al exagerar desmedidamente la centralidad de Auschwitz en la historia del Holocausto: si bien es cierto que Auschwitz fue el epítome de la destrucción de los judíos europeos, hubo incontables otros lugares que evocan parte de esta historia. Concentrar todos los esfuerzos en analizar Auschwitz conlleva la pena de pasar por alto una proporción enorme del resto de las historias necesarias para entender la historia del Holocausto, sin mencionar la imperdonable consecuencia de subestimar lo que las “otras” víctimas, aquellas que no pasaron o murieron en Auschwitz, tienen para contar. A la postre, pensar sólo en Auschwitz debilita los esfuerzos por responsabilizar a la mayoría de los perpetradores y “facilitadores”, es decir, aquellos que no sirvieron en Auschwitz<sup>12</sup>.

El último capítulo le sirve a la autora a modo de balance. Se evoca la situación de posguerra para las víctimas, para los “facilitadores” y perpetradores, y para los pobladores de Będzin, pola-

---

12 Tomando en cuenta esta posición de Fulbrook con respecto al lugar de Auschwitz en la historia del Holocausto, es cuanto menos curioso el detalle del título del libro y del arte gráfico de la cubierta del mismo: en ambos, “Auschwitz” es un elemento central. Una posible explicación de esto, a la cual adscribe el autor de este comentario, refiere a cuestiones de mercado. La obra y el libro son mucho más fácilmente reconocibles, recordables y evocables de esta manera que, por ejemplo, si tuviesen en su título meramente el nombre de Będzin. Además, hay que tener en cuenta que “Auschwitz” no funciona aquí —como tampoco en el resto de la historiografía del Holocausto— tan sólo como un lugar geográfico, sino también como un topónimo. La cercanía de Będzin con respecto a Auschwitz no refiere únicamente a la distancia a un campo de exterminio sino a todo lo que ese lugar representa en tanto que epítome de la Solución Final. Będzin mantiene, así, una relación muy íntima con la industria de la muerte, la eficiente brutalidad nazi, etcétera. Y, de hecho, a lo largo del libro esto es lo que Fulbrook demuestra: la administración de Będzin, a cargo del “facilitador” Udo Klaus, fue un elemento necesario —aunque no suficiente— para preparar el camino que llevó a Auschwitz y a la destrucción de los judíos de Europa.

cos no judíos. Llama la atención la variedad de respuestas que los deportados encontraron al volver a su ciudad de origen. También lo hace la forma en que la época y el impacto del nazismo se conservaron en la memoria de Będzin: la política de rememoración fue tardía y selectiva: las autoridades y los habitantes de esa ciudad eligieron privilegiar la conservación de la memoria de los eventos finales de la Solución Final (lo conectado directamente con Auschwitz) y no los eventos y etapas que llevaron al desenlace último. Fulbrook utiliza esta realidad para volver a llamar la atención sobre dos premisas fundamentales: la necesidad de recordar no solamente la destrucción física de los judíos en campos de exterminio, sino también las etapas y decisiones que llevaron a ella, y —vinculado a lo anterior— la necesidad de prestar atención al rol no solamente de los “*decision-making men*”, sino también de los “*ordinary nazis*”, quienes, si bien no fueron nacionalsocialistas especialmente fanáticos, sí posibilitaron, con sus acciones e inacciones, y más allá de las reservas morales que pudieran tener, la emergencia de la Solución Final. En este sentido, el caso Klaus illustrates otro elemento, común a la mayoría de los funcionarios del imperio nazi: la relación entre lo estructural del sistema y la acción individual. El primero llevó a los segundos a actuar de cierta manera (a veces, incluso, en contra de ellos mismos), pero, a su vez, la actuación de estos hizo posible la existencia del sistema mismo. Es ciertamente lamentable que el libro no desarrolle más profundamente el tema de la dialéctica entre acción individual y estructura.

*A Small Town Near Auschwitz* otorga al lector una doble satisfacción: por un lado, es un libro bien escrito, profundo y preciso, que además tiene la virtud de no utilizar un lenguaje exagerado ni altivo. Por otro lado, es una microhistoria extraordinariamente bien fundada en un importante abanico de fuentes, que también echa luz sobre consideraciones más amplias (como el rol de los “facilitadores” en la historia del Holocausto) y que, a la postre, deja planteadas problemáticas de fondo, como la relación entre sujetos y estructuras.

La justificación de Fulbrook para escribir este libro tiene un importante componente personal y familiar. Sin embargo, para la historiografía del Holocausto, es el otro componente el que realmente le da valor: destacando la responsabilidad y la culpa de los funcionarios de rango medio y tomando en cuenta sus testimonios se da un paso fundamental en dirección a escribir la historia y conservar la memoria de todas las víctimas del Estado nazi.